

Leg 5<sup>o</sup> P. 1<sup>o</sup>

~~1010~~

Caridad, Filantropia.

343

~~L. 19~~

10

# DISCURSO

LEIDO

## EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL PRESBITERO

**DON JOSE MARIA GUERRA Y PINO,**

DE LA REAL Y MILITAR ÓRDEN DE NTRA. SRA. DE LA MERCED, LICENCIADO EN SAGRADA TEOLOGÍA,

en el acto solemne de recibir la investidura de

DOCTOR EN DICHA FACULTAD



MADRID:—1860.

**Imprenta de Tejado,**

a cargo de Rafael Ludeña,  
Pelayo, 26, principal.

HTCA

U/Bc LEG 5-1 nº343



1>0 0 0 0 2 7 7 4 0 3

DISCURSO

1810

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

DE LA REPUBLICA

DE LOS ANDES

DE LA CIUDAD DE BOGOTÁ

EN EL AÑO DE 1810

DE LA CIUDAD DE BOGOTÁ

1810



Impreso en Bogotá  
en la imprenta de la Universidad de los Andes  
en el año de 1810

AL EMMO., EXCMO. E ILMO. SR. D. MANUEL JOAQUIN,

de la Santa Romana Iglesia, Pro. Cardenal Tarazona y

Moron, Arzobispo de Sevilla

*En prueba de afeccion y respeto.*

*S. S. y Capellan.*

*José Maria Guerra y Pino.*

ALBERTO LUCIO F. HINO SR. D. KAREL JOZSEF

de la Santa Romana Iglesia del Real Seminario de

San Carlos, Obispo de Sevilla

de la Santa Romana Iglesia de Sevilla

de la Santa Romana Iglesia de Sevilla

de la Santa Romana Iglesia de Sevilla

**Excmo. é Ilmo. Sr.:**

Es indudable que sentimos hoy la fuerza ascendente del progreso científico, sin que me ocupe en calificar si sus aplicaciones afectan con igual energía al orden moral ó material. Mas como quiera que cuando un siglo recibe las inspiraciones del génio, lleva en su propio entusiasmo la belleza de la cultura y la fuerza de las imágenes, hasta su lenguaje recibe el carácter de esta poderosa influencia, y usa de palabras, que si son en su significado la viva expresion de su sentimiento exaltado, no suelen ser adecuadas á la accion que pretende definir. Me expreso así, porque oigo repetir, quizás con demasiada frecuencia, esta palabra «Filantropía.» Esta voz de la cultura moderna, significa el interes natural, que nos inclina á compadecer las desgracias de nuestros semejantes; y ciertamente que no seria rechazada por la delicada crítica de la sana razon y de la fe, si no fuese evidente que cuando se dedican fastuosas ovaciones á la Filantropía en su brillante tro-

no, se pretende arrojar á sus piés la caridad cristiana, vínculo sagrado de las sociedades, del mundo y hasta de la religion misma.

El intento de cambiar una palabra por una virtud será siempre quimérico. Porque aspirar á establecer una virtud como puramente cívica sin el sello de una autoridad divina á quien razonablemente sea imposible resistir, si se trata del bien de nuestros semejantes ¿no seria lo mismo que buscar consuelos para el dolor en los que lo causan, sin otro alivio que derramar lágrimas que son la sangre del alma? Cuando una virtud no lleva la hermosa sancion del cristianismo, es difícil desprenderse en su práctica del cruel egoismo, y la fria envidia, y el orgullo fanático, con otras pasiones bajas que suele albergar el corazon. Pues bien, á pesar de estos elevados principios, que la razon ilustrada por la fe ofrece al criterio de la humanidad, se trabaja con obstinada constancia por arrebatár á la caridad su origen divino; ó lo que es lo mismo, se trata de deshuesar el Evangelio, como dijo un sábio á otro propósito hablando del estilo de Quinault.

Este fué sin duda el estímulo, acaso noble en su origen, de esos sistemas humanitarios, cuyo ideal ha sido sustituir al Evangelio la razon para la felicidad y regeneracion de las clases pobres, confiando en el desarrollo de la perfectibilidad humana; y ellos habrian hecho célebres los nombres de San Simon y de Fourier, si su risa al divorciarse de la fe no hubiera sido como la risa de Cam, una risa maldecida. Ved aquí porqué Jesucristo, esa primera y grandiosa figura del Evangelio se colocó siempre al lado de la miseria. Un establo húmedo fué el primer templo consagrado por su presencia, y en él le rodearon los pobres: en su vida pública los desgraciados fueron objetos privilegiados de su amor: y si se le ve en la cresta de las montañas como á un padre que ensancha su corazon en el seno de la naturaleza, fué por dar á la caridad un trono en que todo fuese inocente y puro: y admitiendo á los hombres con dulce familiaridad, y catequizando

su ignorancia, sancionaba esa moral, don desprendido del cielo, más popular, luminosa, y filantrópica que la recomendada por la incrédula filosofía en sus brillantes teorías y sus fastuosas aserciones.

De ese modo, Ilmo. Sr., fué la caridad, arrojada en medio de las sociedades paganas, cual gérmen divino de regeneracion y de consuelo; y si el cristianismo, la idea católica no podia circunscribir su accion vivificadora á sólo los dias de su gloriosa constitucion, porque la Iglesia, como la sociedad habian de tener una vida progresiva, por lo mismo su fecundidad prodigiosa germinó de tiempo en tiempo esa multitud de instituciones propias para el desarrollo de la caridad evangélica, cuyo blanco sudario habia de enjugar bajo mil formas diferentes las lágrimas del infortunio. No puede dudarse que entre ellas tienen un lugar preferente las Órdenes religiosas, porque siendo la escuela viva del Evangelio en accion, poseyeron ese generoso desprendimiento de que habla San Pablo, con el que se sufre todo, se puede todo, y todo se sacrifica por remediar la agena miseria.

Celosísima ha sido la pretension del protestante Mosheim aspirando á disipar la brillante auréola que ornara los institutos religiosos, sin advertir que de este modo amenguaba la fecundidad del cristianismo: si pues como sacerdote é individuo de aquellos, renunciara yo la apologia de la caridad evangélica desarrollada en los mismos, en este momento solemne de mi vida literaria, marcaria mi frente con el sello de los ingratos, porque tales son los que desprecian la dignidad de su estado social ó religioso, cuando éste es uno de los matices con que el cristianismo embellece su místico campo. Diré, pues, en su elogio:—*Que la caridad evangélica ha recibido un desarrollo positivo en las Órdenes religiosas, especialmente en la Real y Militar Orden de Nuestra Señora de la Merced.* Cuanto diga cederá en gloria del cristianismo, si el respetable claustro me favorece con su benéfica indulgencia.

Ilmo. Sr., el dogma de la fraternidad humana debió ser

desconocido en un tiempo en que se empleaba en el trato humano la fuerza en vez de la persuasión ó las convicciones. Y era la causa de esto, que enervada la razón é impedido el desarrollo de la inteligencia, aparecía en todas las faces de la sociedad la fuerza ruda de la carne, cuyo empuje debió producir la devastación; porque estrellándose contra los obstáculos, ó los remueve, ó se hace pedazos ella misma. Entónces apareció el poder brutal coronado con diadema de hierro, y no pudiendo una sociedad de numerosas y complicadas relaciones existir bajo su enorme yugo, se precipitaba en la disolución ó el caos irremediamente. En este estado, los hijos del siglo preparan las terribles máquinas con que asestan el hermoso baluarte de la justicia; colocan la crueldad en el infame coro de sus ídolos, y materializada la religión ante sus altares nefandos y asquerosos, celebran con abominables holocaustos é infelices víctimas el misterio horroroso de la inhumanidad.

La unidad de Dios, ese dogma sagrado tan propio para fraternizar las sociedades y el individuo, no se conocía ya; pues aunque las naciones le conservaran por mucho tiempo, y en el principio un solo ídolo hubiera sido para Roma un error desconocido, según dice Plutarco, es empero una verdad histórica que arrancando las pasiones á la tradición su cetro á fuer de reinar como déspotas, exigieron sus ovaciones por Baco y Vénus, Priapo y Flora con otros asquerosos númenes. Su culto, pues, y su cínica liturgia no podían ménos de entrañar la degradación completa de la dignidad del hombre, puesto que sus tendencias eran debilitar la inteligencia, que obra sin destruir. Abierta esta brecha en el santuario de las consideraciones debidas al racional ¿qué debía esperarse del ejercicio del poder respecto al individuo de la sociedad? ¡Ah! El abuso de la fuerza para señorearse sobre millones de esclavos, que lucharon con la muerte entre rojizas olas de océanos de sangre. El número de catorce mil gladiadores y once mil fieras sacrificadas en ovación á Trajano por su triun-

fo contra los Dacios, responde del duro carácter de esos siglos de opresion.

Se necesitaba fraternizar los hombres excitando el sentimiento humanitario en favor de sus desgracias. Pero ¿qué eco podria tener esta idea donde el individualismo habia sido absorbido por la sociedad, como un miasma de su hidrópico vientre? ¡El hombre!... apénas es creible el desprecio con que este sér era tratado. Entre los griegos, el griego lo era todo, el extranjero y el bárbaro eran nada. En Roma, el título de ciudadano constituia al hombre, y quien de él carecia, ningun derecho podia reclamar á la ciudad de los héroes. Que no mantenga la sociedad al que haya nacido deforme, decia el célebre Platon. No hay más que una naturaleza abyecta y despreciable en el esclavo, aseguraba Aristóteles, y... hasta: tal era el mundo á la venida del autor divino de la caridad. Sí: una gran parte de la humanidad no tenia patria, ni familia, ni derechos, estaba inscrita en la ley bajo la rúbrica de las cosas, y no de los hombres: tratábasela como á raza de animales más inteligentes, sin otra distincion sobre ellos que el ser más aptos para una servidumbre provechosa. ¡Qué situacion! Exigir ahora sacrificios del hombre para el hombre. ¡Ay! no hay valor de dignidad en él: bajo tales condiciones no establecerá la caridad su benéfico imperio.

Pues bien: en una noche tan triste como solemne, estaba el augusto personaje de la profecía de Daniel, sentado á la mesa con doce plebeyos que él habia llamado, y le habian seguido; é impulsado por el delirio del amor, como ha dicho un apolo-gista de nuestro siglo, exclamaba con el acento conmovido del éxtasis. ¡Con cuánta ánsia habia yo deseado comer con vosotros esta páscua, predecesora de ese momento ansiado en que he de vadear por vosotros y por el mundo el mar sangriento de mi pasion! ¡Ah! Entónces, judíos y gentiles, griegos y macedonios, bárbaros y elamitas, todos estaban entrñados en su corazon paternal, y el mérito de su oferta no se habria frustrado para la raza hebrea, si no hubiera dicho con

bárbara osadía:—Caiga tu sangre sobre nosotros y nuestros hijos. La caridad, Ilmo. Sr., sancionaba aquí para todos iguales derechos é iguales adopciones; y sólo entónces se iniciaba el hombre en la nueva doctrina de ser todo para todos, ya que el Dios-hombre, que de nadie necesitaba, á ninguno habia excluido del inmenso círculo de su caridad regeneradora. No muchas horas despues, ostentaba la Cruz su víctima en los aires, escuchando ésta el grito de la imprecacion entre los confines de la vida y de la muerte, como dijo San Dionisio: y usando de ese palo de la afrenta, como de gran martillo para igualar las sinuosidades con que el egoismo y el orgullo habian desfigurado la tierra, millares de frentes, salpicadas con sangre divina, reconocieron en sí mismas un sello de respeto y de sacrificio; y dominando el amor, elemento el más poderoso y terrible de nuestro sér moral, la barbárie cede á la civilizacion, el egoismo á la generosidad, y el imperio de la fuerza á la dulce influencia de la caridad evangélica y vivificadora.

¡Qué metamórfosis! El universo habia sido transformado; pues allí donde nada comun habia entre el libre y el esclavo, el hombre y la mujer; allí donde la guerra lo ocupaba todo con su furor sordo é implacable; en las fronteras como en las provincias, en el foro como en el circo, en el taller como en el hogar doméstico, donde la fuerza era el único regulador, y el puñal de Bruto y de Caton la expresion única del derecho y de la libertad, con la Cruz en la mano todos los hombres son iguales en miserias y en esperanzas, y se deben todos al hombre; los Césares se humillan á lavar los piés del último plebeyo; las vírgenes vendan con una ternura indecible las llagas del gladiador, á quien ántes daban la señal de muerte; y el bárbaro, perdido en los confines del mundo y de la civilizacion, ignorante, necesitado ó enfermo, ve á su lado al filósofo y al patricio, que abandonan los placeres del Pórtico y del Liceo para socorrer su miseria bajo un cielo extranjero y enemigo. Así, Ilmo. Sr., queda instalado el imperio de la caridad.

10 Mas el que lo instalara con su sangre, subió á posesionarse del principado de su gloria á la diestra del Padre; sus discipulos habian de seguirle por el camino del martirio; y si las pasiones y doctrinas humanas habian de combatir la caridad divinizada, así como aunque nada faltase al sacrificio de la Cruz en su infinito mérito, dice San Pablo, que «debemos cumplir lo que ha de adunarse á sus padecimientos,» así tambien la fecundidad del amor debe ser robustecida por esa multitud de instituciones que llevan su carácter divino, y proporcionar, como lo han hecho, su desarrollo positivo á la caridad cristiana: tales han sido las Órdenes religiosas, teniendo un singular lauro mi Real y Militar Órden de Nuestra Señora de la Merced.

11 Nada importa que Mosheim haga basar el origen de la vida monástica en Egipto, en el calor natural del clima, á propósito, dice, para hacer hombres perezosos y sombríos, que fácilmente se inclinan al gusto de la contemplacion, recomendada por la filosofía oriental. Nadie medianamente instruido ignora, que el Bautista tuvo muchos imitadores, y que los páramos recibian cada dia nuevos prosélitos, impulsados por el ejemplo de Aquel que ayunara cuarenta dias con sus noches en el desierto, donde, como en la azotea de su casa, derramaba su alma ante el Dios de la naturaleza, su Padre y su igual, y cruzaban su frente divina pensamientos más vastos que el mundo á quien viniera á redimir. Pero un acontecimiento, el más augusto de la historia, estimulaba la creacion de esas denodadas milicias, que habian de realizar el desarrollo de la caridad cristiana. El estandarte de la regeneracion ondeaba ya su negra gasa sobre el trágico Gólgota; la víctima infinita, cumpliendo su augusta profecía, arrastraba á sí al pueblo politeísta; la palabra de los pescadores de Tiberiades se oia ya con mágica fascinacion, y cuando el Capitolio ostentaba el centro de la caridad, y se desplomaban los monumentos del poder al eco de una doctrina que cambiaba todas las ideas y las instituciones todas, dan los tiranos de Roma su grito desola-

dor, y pululan do quier cadalsos y verdugos constituyendo el negro imperio de la sangre y la muerte. Entónces fué cuando los cristianos del Ponto y el Egipto huian las pesquisas del tormento en el asilo de la soledad, é iniciaron por la contemplacion esa dulce expansion del alma que conversa con Dios. Los furios de Decio arrojan á Pablo, primer ermitaño, á buscar en la Tebaida la cueva preparada por Aquel que sabe labrar nidos de paja á la paloma, donde el águila carnícera no le arrebatará sus polluelos. El egipcio Antonio lega su ejemplo á Pacomio, que en el siglo IV puebla los desiertos de angelicales moradores. Hilarion traslada este espíritu á la Palestina, y la Siria, la Armenia, el Ponto y la Capadocia, conocen á estos apóstoles de la perfeccion, como los llama en su historia oriental Assemani. Carecia el Occidente de esta gloria, y San Atanasio traslada á la poética Italia la vida de San Antonio. El Casino en las Galias adquiere su celebridad en el siglo VI por la regla de San Benito, y la Gran Bretaña tiene el honor de poseer estos ascetas del Evangelio, memorables siempre para los pueblos del Norte, por la influencia de San Agustin y sus heróicos compañeros. Vindicado está ya, Ilmo. Sr., el origen de esas corporaciones que, bajo mil formas y reglas mil fueron benéficas á la humanidad: sí; porque entrañado en ellas el principio de caridad bajo diversas faces, adquirió su desarrollo social y religioso. ¿Podria esto dudarse?

¡Ah! Sociedad humana, cuando distraida con tus ruidosas bacanales, coronada de laureles que el soplo del vicio pudiera secar en tu frente, pasabas cantando tus poemas cerca de algunos monumentos sagrados, el Evangelio con dulce insinuacion te decia: Entretanto que durante el dia todo es estrépito y tumulto en las escenas del mundo, los que habitan esos lugares se entregan al trabajo con profundo recogimiento; y cuando la ausencia de la luz hace entrar á la tierra en su reposo, rompen ellos con sus cánticos el eterno silencio de las noches, y las puertas del cielo se abren para llover sobre la tierra gracia y bendicion. ¡Qué bueno eres, Dios del cristia-

nismo! Tú repartías por el globo tus milicias, y ellas velaban por los intereses de los prójimos como incansables centinelas. El monje Costo busca al europeo extraviado sobre las ruinas de Tebas y de Menfis, y abriga en su torre al viajero para salvarle del árabe y arrancarle el yalagan del beduino. El Maronita llama por el castañeteo de dos tablas colgadas de un árbol, al extranjero sorprendido por la medrosa noche en los precipicios del Líbano. El religioso de la Abisinia y de América velan por su conservacion, ó en el bosque de los tigres, ó en las inmensas selvas de su continente. ¡Ah! Sábios respetables, que vaciásteis el vigor de vuestro espíritu en la vigilia para legar á la posteridad vuestros conocimientos; artistas memorables, que imprimísteis en vuestras obras las inspiraciones del génio; honrados agricultores, que amasásteis la tierra con el sudor de vuestra fatiga, sonó por fin el estruendo imponente de la edad media, y la vieja almena del castillo feudal repite de pueblo en pueblo sus ecos de muerte. Qué... ¿ni aun vuestra gloria será patrimonio de vuestros hijos, porque vuestros nombres quedan sepultados bajo los escombros de la devastacion? ¡Ah! os ha sucedido una generacion ilustre; las aulas reparten los laureles de Minerva, y el siglo XV se irradia con sorprendentes inspiraciones. ¿Quién ha instruido esa sociedad rejuvenecida y acabada de levantar de entre ruinas y sepulcros? ¿Cuáles sus maestros, dónde sus bibliotecas? Escuchad la historia. El feudal y el bárbaro lanzaron sobre los monasterios una mirada de respeto; sus austeros moradores tenían en su derredor el valladar de la virtud; y conservando vuestro repertorio, custodiando las obras clásicas del arte, y desmontando los incultos montes que les ofrecieran asilo hospitalario, cuando el guerrero pronunciaba aún decretos de muerte ó sangrientos anatemas, decian ellos á la sociedad: estimulados por un sentimiento caritativo, os hemos conservado los elementos de la ciencia y de las artes; recibid de nuestras rugosas manos ese gérmen de regeneracion social, sin que os pidamos en cambio más que un recuerdo de noble gratitud.

¡Oh caridad evangélica, así recibías tu prodigioso desarrollo! El hombre puede darse en cuanto es inteligencia, y en tanto que es sentimiento. En tanto que el hombre es inteligencia, es una doctrina; en cuanto que es sentimiento, es vida de amor. Pues bien, esas Órdenes por tu divino influjo han ofrecido la doctrina de la ciencia y de la verdad á las generaciones, y en ella un don inmortal, porque Leibnitz ha dicho, que el hombre es un compuesto de tiempo y de eternidad, y ésta entra en su composición por la verdad. ¿Quién dudará de la donación de esas corporaciones ilustres por el sentimiento? Que se penetren esas casas donde la enfermedad convirtió á los individuos de la humanidad doliente en sombras lloronas ó en sepulcros movedizos; y cuando vean á San Juan de Dios rodeado de héroes, rivalizando en ternura por derramar el bálsamo del consuelo en los corazones lacerados, comprenderán la fecundidad de aquel sentimiento divino que decia al alma cristiana en los cantares: *ponme, amiga mia, como un sello sobre tu brazo y como un sello sobre tu corazon.*

— Sr. Ilmo., cuando bosquejaba yo este cuadro de la caridad desarrollada en esos institutos, dos nombres resonaron espontáneamente en el fondo del alma. ¡España!... ¡Nuestra Señora de la Merced!... El claustro sabe que el amor patrio y el estado propio tienen un influjo mágico sobre el corazon. Es imposible negarles su lauro. ¡España!... Tal dia y á tal hora se habia levantado nube fatal en los desiertos de la Arabia; y sentado en ella el impostor Mahomet con la copa letárgica del placer en una mano, y la cimitarra en la otra, proclamó el sistema de las opresiones. Desbordado el islamismo cual torrente impetuoso, inundó la Arabia y la Etiopia: los soberanos del Asia respetaron su fortuna, y cuando medio mundo se prosternaba ante su alfange déspota, murió envenenado, segun se cree, á manos de un judío. Sus sectarios propagan á sangre y fuego sus delirios; Jerusalem, la Siria y la Palestina se someten; el Asia tiembla como una parvulita delante de Omar, y cuando se derruian los tronos, se degollaban ocho

Califas principales, y el solo Moctar se gloriaba de haber sacrificado más de cincuenta mil Omniades, nuestra querida Iberia, merced á un hijo más ingrato para ella que Tarpella para su Roma, inclinaba su noble frente á los rojizos fulgores de la media luna. ¿Cuál de sus ínclitos podía entonar el himno de la independendencia nacional? Sus vírgenes no levantaban su frente, mancillada por la violencia; sus ancianos, sin otro lecho que las cadenas que surcaban sus cuerpos desfallecidos, como viejas encinas que el huracan ha postrado, imprimian sus rugosas frentes en el polvo. Las mazmorras están obturadas de cautivos, y los hijos de nuestro pueblo rodeados de los suyos, que les pedian pan en una mesa estéril, exclamaban: Maldicidos de nosotros, que nos piden pan con lágrimas, y sólo podemos darles lágrimas y desesperacion. ¡Ah! caiga un velo sobre esos siglos que debieran borrarse de los anales del género humano. ¿Quién salvará la Patria? ¿Será bastante la espada de los héroes, ó las doctrinas regeneradoras del cristianismo en su acepcion universal?

No amenguemos la gloria de los Reyes católicos, cuyos nombres guardan el mármol y el bronce: ni nos permitamos la nefanda idea de oscurecer la influencia católica en el teatro lúgubre del infortunio. El nombre de los Paulinos de Nola será siempre grato, porque quien lo lleva compraba la libertad de sus hermanos á costa de la suya. Olvidar no podemos á Exuperio de Tolosa, enajenando hasta los vasos sagrados para llenar este deber humanitario; y la historia escribe con páginas de oro el nombre de la Regenta de Francia, Batilde, infatigable por extinguir la esclavitud. Pero estos destellos de la caridad cristiana no podian, humanamente hablando, extinguir la esclavitud de un solo golpe, estando establecida por el derecho público de las naciones: oprimida España por fuerza extranjera y con el cúmulo de sus necesidades, no podia caber en un sólo corazón. Se necesitaba un elemento que no fuera la espada que lucha con la espada, la sangre con la sangre, y la vida con la muerte: era necesaria la fuerza de asociacion, ele-

vando el principio de la misericordia é impulsando el desarrollo de la caridad en más ancho círculo. Ya no es posible contener más los labios, y estos pronuncian el nombre de María Santísima y el de mi sagrado Orden de la Merced.

Habia llegado el año de 1218, y despues que mi gran Padre Nolasco, Raimundo de Peñafort, y don Jaime I de Aragon habian oido el acento de María, más suave que el gemir de la brisa en las olivas de Sion, revelándoles la institucion de mi sagrado Orden, éste se constituye, embelleciendo los fastos de Barcelona, é Iberia vé á los adalides de la caridad mis cohermanos, llevando la libertad y el consuelo allí donde con cuadros desgarradores estaba la tristeza y la opresion. Ligados por un voto solemne para dar la vida, si necesario fuese, por la libertad de sus compatricios, su oferta fué el heroismo en accion en favor de la Patria, y no es extraño que las inspiraciones de la caridad, convertidas en un deber de estado, se abriesen el inmenso círculo donde se encerraron tantos prodigios de valor y de generosidad, dignos de la gratitud de España.

¿Es necesario apagar el grito de la indigencia española en los horribles calabozos? Los Mercedarios piden de puerta en puerta el pan del mendigo para socorrerlas. ¿Deben abundar imitadores del Bautista que entre la multitud afligida, á éste fortalezcan con uncion santa, á aquel reprendan con activo celo, confundan aquí el grito de la apostasia, y catequizen allí la vacilante del indocto? Los Mercedarios lo hicieron aguijoneados por la caridad. ¡Qué sangrientas tentativas! La lanza y el palo, el garfio y la cuchilla, la cruz y la horca, todo se ha presentado como sangrienta tentativa para apagar el fuego de la caridad mercedaria. ¡Ah! Danieles sin mancilla, Pablos celosos, era necesario que tuviéseis imitadores en todos tiempos: no sólo los primeros fieles habian de bajar á las Catacumbas de Priscila y á las Mamertinas de Sixto: los Mercedarios podrán ser heridos, pero no podrán rendirse, y Nolasco bajo el destemplado golpe del palo, Nonnato con el candado que atra-

viesa sus lábios, el Doctor Pascual con el cuchillo en la garganta, y Almengor en la horca, «no permita Dios, dicen como el esforzado Macabeo, que nos rindamos huyéndoles cobardes, imponiendo un sello de deshonor á España, que es toda nuestra gloria.» ¿A qué decir más, Ilmo. Sr.? El valor del guerrero se confunde con el heroísmo de la caridad, la Orden de la Merced recobraba la libertad nacional y los derechos del individuo: Iberia esculpía en su gloriosa historia los nombres de los Huetes, Sotos, Germanes y Granadas, y las actas gloriosas de más de trescientos mártires de la caridad. Instituto sagrado, no temas: dí á la sociedad con honrosa expansion: «He sido benéfico á la libertad y á las tradiciones venerandas de mi patria, desarrollando la caridad evangélica: mi galardón en España será el juicio imparcial de los hombres sensatos.»

Ilmo. Sr., el tiempo, ese azogue que el arte humano no ha podido fijar, se desliza entre mis plácidas emociones, y acaso abuso de vuestra prudente indulgencia. Pasó el siglo de los Nerones y Calígulas, para dejar lugar á los siglos de amor, cuyo fuego se abortara por el sangriento cráter de un pecho desgarrado en la Cruz; y sucedió al tiempo de la fuerza brutal, esotro de dulzura civilizadora y cristiana. El misterioso signo de la sangre divina selló la frente del hombre regenerado, y la libertad justa y racional reconquistó sus sacros derechos; y tocados los corazones, dieron todos el eco del sacrificio. Las Órdenes religiosas se deslizaron de la montaña santa del cristianismo, con más pureza que heridas las nieves de la Primavera por los rayos del sol, se desgajan por las vertientes del Ararat: su principio era fecundo, su aplicación debió, en ellas, y especialmente en mi sagrada Orden, ofrecer un desarrollo positivo á la caridad cristiana. Yo os pido vuestro religioso asentimiento para que cumplamos con el noble carácter de la auréola científica que orna vuestras cabezas en el florido campo de la Iglesia, y que por ella y por vosotros habrá bien pronto de condecorarme: ostentándonos, pues, cristianos fieles,

sacerdotes dignos, nobles españoles y hombres ilustrados, decid por mi torpe lengua con sacro entusiasmo: «Looor eterno al cristianismo, gloria á la caridad desarrollada en las Órdenes religiosas, y prez eterna á la ilustracion y civilidad.»

**He dicho.** José María Guerra y Pino.

Orde- nados y la naci- onal y los de- rechos del individuo; fuer- ta escu- lpa en su gloriosa historia los nombres de los linces, Sólos, Germanas y Granadas, y las actas gloriosas de más de trescientos mártires de la caridad, justino estado, no temas: di á la sociedad con hon- rrosa expansion: «He sido bené- dico á la libertad y á las tra- diciones venerandas de mi patria, desarrollando la caridad evangélica: mi galardón será el juicio imparcial de los hombres sensatos.»



limo Sr. el tiempo, el arte humano no ha podido fijar, se des- arrolla en las emociones, y acaso abuso de vuestro amor. Paso el siglo de los Nerones y Caligulas, a los siglos de amor, cuyo fuego se aborrecen, pero el carácter de un pecho desgarado en la Cruz, y el tiempo de la fuerza brutal, esoto de dulzura civilizadora, y cristiana. El misterioso siguo de la sangre divina selló la frente del hombre regenerado, y la libertad justa y racional recondujo sus sacros derechos; y tocados los corazones, dieron todos el eco del sacrificio. Las Órdenes religiosas se deshicieron de la montaña santa del cris- tianismo, con más pureza que heridas las nieves de la Prima- vera por los rayos del sol, se desgajan por las vertientes del Ararat: su principio era fecondo, su aplicación debió, en ellas, y especialmente en mi sagrada Orden, ofrecer un desarrollo positivo á la caridad cristiana. Yo os pido vuestro religioso asentimiento para que cumplamos con el noble carácter de la aureola cívica que ornó vuestras cabezas en el glorioso campo de la Iglesia, y que por ella y por vosotros habréis bien pronto de condecorar: ostentándolos, pues, cristianos fieles.



